

Eduardo Gasca.

**Ave del paraíso y otras caídas.**

Coediciones Centro de Actividades Literarias «José Antonio Ramos Sucre», Dir. de Literatura del CONAC, Fondo Editorial del Caribe, Cumaná, 1993,. 82 pp.

Uno toma la contraportada y lee: «Ave del paraíso y otras caídas lo integran relatos de pulcra y esmerada escritura, cuyo lenguaje, a lo largo de los siete textos del libro, va evidenciando una originalísima poética del relato». Entonces toma el libro y lo comienza (para corroborar, tal vez con desconfianza). El efecto es inmediato. Sin ningún preámbulo surge un universo poético donde el lenguaje adquiere dimensiones protagónicas, «vedettistas» mejor.

«...Y ahora esa escena de hotel de playa, de cuerpo que se sigue, ovillo dorándose sobre la arena que se sigue viendo a la luz desde el lado con sombra, cuerpo iluminado con lunar que se descubre para irlo cubriendo de arena como sangre, escondido y disimulado, enredado en el juego». (p. 44)

Eduardo Gasca (Caracas, 1939), profesor jubilado de la Universidad de Oriente, no es nuevo en los combates de la escritura. En su haber tiene no pocas victorias: **Literatura de la tierra baldía: John Updike** (ensayos, 1969); **Relatos del camino largo** (1969); **Canción de Morgan el Sanguinario** (poemas, 1972) y **Poemas y otras parodias** (1981), por lo que el presente título luce como síntesis de una experiencia en el manejo del lenguaje, traducida en equilibrio al servicio del relato. No creamos, por tanto, que los vuelos poéticos de la pasada muestra son denominador de todos los pasajes:

«Cuando Ramiro la trajo Camilo iba por el cuarto trago y tocó y cantó un parishara, porque estaba contento. Un año atrás había dicho que no sabía cantar, que no conocía canciones. Ahora tocó y cantó otros parisharas, y después un tukui, y otro tukui, para el niño y porque estaba contento» (p. 67)

El equilibrio, la serena sobriedad, el juego y el retruécano se entrecruzan en una mezcla cuyo resultado es simplemente encantador:

«Catalina, me temo, está loca. Y loca de bola, alunada sin disimulo, ida pero bien lejos...» (p. 24)

«...porque con lo que a la vista estaba, Catalina estaba, como siempre, de concurso». (p. 26)

«Rueda rodando al fin y al cabo acabó en la cima de la colina de las putas». (p. 29).

Mezcla que también se aprecia en el nivel del léxico. Muy frecuentemente en los pasajes más exquisitamente logrados hallamos los más heterogéneos términos, enriqueciendo considerablemente la plurifonía y el marco referencial:

«...apenas un vago latido de esperanza en el corazón a la vista de cada concha en la arena, pálpito apenas si de ostra, aleteo exangüe si de simple gracuco» (p. 22)

«Por muy majunche que fuera el show, lo de ser artista les daba su lustre...»

«Hay una mulata de fuego que si baila lo suyo y enseña las nalgas y unas tetas que valen la pena. A veces la princesa gitana también la vale. A veces el transfor está hasta mejor que la perla morena del Caribe». (p. 74)

Gasca empero no se ha perdido en vanos malabarismos de adjetivos y adverbios. Lejos de elevados argumentos, elabora un marco donde la sencillez de la historia no opaca la pasmosa riqueza del lenguaje. A veces, la anécdota jocosa y sin pretensiones le sirve de soporte:

«Entre el álbum con Catalinas y los cuadros con cuatro, la mengua del entendimiento y la del presupuesto me habían puesto el percápita al borde del colapso» (p.21)

«...Hay que ver cómo los engañan con los palos falsos. Usted sabe, a la tipa le traen una cantidad de copas de brandy, dicen ellos, pero son de agua pintada. O si son de verdad entonces le aplican la del buche al pote ¿no conoce esa? Botan los tragos disimuladamente en cualquier parte, hasta en el

piso. Si va a un bar de ficheras siéntese bien lejos de los porrones y los materos. Yo he visto más de una mata de caucho cayéndose de la pea» (p. 75).

Otras veces, esa misma anécdota sencilla catapulta al escritor, en medio de sus malabarismos, a pasajes que revelan la existencia de una escritura reflexiva y meditada:

«Caminaba yo, trotaba ella, por la playa hacia el punto en que el destino marcó con una X el encuentro de dos trayectorias opuestas y desconocidas, el que va y la que viene, el destino, ese eterno maestro de geometría». (p. 10)

Pero siempre, como he dicho, se aprecia el equilibrio de quien conoce el oficio y sabe confeccionar, apís Matinae more modoque, pequeñas y dulces joyas.

Finalmente, hay un elemento esencial de la narrativa de Gasca que no puede ser obviado. La geografía. Escritor de Oriente. Escritor del mar. Escritor que siente su ineludible influjo, que lo experimenta y expresa.

«Vivo al lado del mar, pero no nos tratamos. Nuestra relación no ha ido nunca más allá de él ignorarme (tan ocupado en lo mismo, en sí mismo, tan inmenso, tan repetitivo, tan uno) ni tampoco más acá de alguna contemplación ocasional de mi parte, más bien aburrida y nada comprometedora» (p. 9).

Antidecir que denuncia más bien una atracción ineludible y se convierte en metáfora de la vida.

«Al final de la bajada me está esperando el mar, bajo el sol del azogue. Vivo a su lado y no nos tratamos. En este amanecer de hoy se me hace como nunca el espejo gris de agua de la redundancia. Todos los ríos de la infancia desembocan en el mar de las Antillas...» (p. 31)

La geografía adquiere así otras dimensiones que no precisan de grandes esfuerzos líricos para concretar su connotación existencial. Pero la geografía puede ser también concreta. Así relación del periplo, tan directa y escueta como eficaz.

«Llegaron en un Volkswagen alquilado, al que a la vuelta Freddy le robaría unos kilómetros recorridos desde Upata. Es más, después de meterlo en un autolavado no quedó ni el rastro de la arcilla del Kukenán, y en la agencia no notaron las abolladuras por abajo, de la roca viva del paso de la Danta» (p. 65)

Elementos que se nuclean armoniosamente, a lo largo de los siete relatos, en torno al protagonismo del lenguaje y la maestría del discurso. Uno llega de nuevo a la contraportada y lee: «las situaciones que aquí pone en juego Eduardo Gasca, el modo de hilvanar las distintas historias, la trama lírica que construye el narrador, la consagran definitivamente como uno de los artífices del género en Venezuela». Entonces uno cierra el libro y asiente.

**Mariano Nava C.**

Bernardo Callejas.

**Música maestro.**

Mérida: Universidad de Los Andes, Dirección de Cultura y Extensión. Cátedra Latinoamericana «José Martí», 1993, 98 p.

Así como Vivaldi con su música de estilo barroco (con los movimientos de Allegro, Largo Allegro, de la primavera en las cuatro estaciones) nos llega de esa hermosa perla del caribe que es Cuba, lo último de la producción literaria de uno de sus más nobles poetas, Bernardo Callejas, (1941-1992) producción que como el título lo indica, se nos ofrece con toda la dulzura y el ritmo que la música puede inspirar, agregando el verbo del alma, lo más íntimo de la palabra escrita.

Para deleite de los amantes de la buena literatura está hecha esta sonora colección de 34 poemas de artístico acabado, hechos con el sabor mestizo de un nuevo trovador: «Como aljibe es la vida: extraes lo que nutre, lo que calma y refresca, hasta que en el fondo sólo queda el eco de las piedras». (Los pozos).